

mar su fe, como se la firmaba entonces con la sangre, y así la firmó.

Entonces Roma pudo ver uno de sus más graves ciudadanos agarrotado como un vil malhechor, magullado y desgarrado con correas provistas de plomo, y por fin atado á la columna de ignominia y recibir tranquilamente el hachazo que le cortó la cabeza. ¡Cosa digna de meditacion! Aquellas crueldades propias de Neron eran mandadas por Aproniano, prefecto de Roma, vástago de la ilustre familia de la cual uno de los miembros, por su virtud y por su caridad, habia dado su nombre á la Catacumba que acabábamos de dejar. Durante la noche del 10 de Mayo del año 362, los cristianos tomaron el cuerpo del santo mártir y lo depositaron en el cementerio de San Epimaco. Alejandría de Egipto habia sido el teatro de los combates de este nuevo atleta. Pero Roma con su celo maternal habia querido poseer el cuerpo de su noble hijo, y el ilustre testigo de la fe en las regiones lejanas acababa de tomar lugar en la gran ciudad de los mártires, cuando Gordiano dividió con ella su morada y la gloria de darle su nombre. 1

A las glorias de esta Catacumba, cuyo origen es incierto, es necesario añadir, segun la opinion bien establecida de Bósio, á los ilustres mártires Sempronio, Olimpio, Exuperio y Teódulo, á quienes el papa San Estéban, acompañado de su clero y de numerosos fieles, depositó allí él mismo durante la noche á la luz de las antorchas en medio de los cantos y de la pompa que podia permitir la horrible persecucion de Valeriano. 2

1 Bar., *Annot. ad Martyr.*, 10 de Mayo; Bósio, *Rom. subterr.*, lib. IV, cap. III.

2 Eadem nempe nocte adveniens S. Stephanus Episcopus cum clericis et religiosis viris, hymnis ex more redditus, eorum corpora, hoc est sanctorum Sempronii et seg. ciortum, abstulerunt et sepelierunt iusta Viam Latinam, mi-

Puede nombrarse tambien al glorioso atleta de la fe, á San Nemesio, quien recibió de manos del pontífice una honrosa sepultura en aquel mismo cementerio en el cual habia recibido la palma de la victoria. Más tarde su cuerpo, así como el de Santa Lucila su hija, fueron trasportados con los de los otros mártires nombrados arriba, á la Iglesia de Santa María la Nueva, al extremo del Foro. Allí descansan todavía y el peregrino que viene á venerarlas puede ver la eterna fecundidad de la Iglesia católica, que en el mismo templo reunió á los mártires de los primeros siglos con hijos no ménos gloriosos de su vejez. Sabemos ya que Santa María la Nueva posee el cuerpo de Santa Francisca Romana, honor de su sexo, gloria de su siglo y orgullo de la Ciudad Eterna.

17 DE ENERO.

Catacumbas de la Vía Latina (continuacion).

—Catacumbas de los santos Simplicio y Serviliano.—Historia.—Pinturas de las catacumbas, parte histórica.—Abraham.—Falta de crucifijo en las catacumbas.—Diferentes especies de cruces.—José.—Moisés.—Cuatro circunstancias de su vida, á menudo representadas.—Faraon.—Arca de la Alianza.—Sansón.—David.—Elías.—Catacumba de San Tertuliano.—Historia.

Corrompiendo á los padres del género humano el demonio inoculó un cruel veneno á toda su posteridad. Como vencedor del rey del universo adquirió tambien una influencia fatal sobre las criaturas sometidas á su imperio. Todos los pueblos se persuadieron de aquel dogma tan terrible como incontestable. De ahí en todos los lugares iluminados por el sol hicieron

liario primo.—En la misma noche llega San Estéban, obispo, con los clérigos y algunos religiosos varones; y diciendo los himnos de costumbre, tomaron sus cuerpos, esto es, de los Santos Sempronio y de sus compañeros y les sepultaron junto á la Vía Latina, en el primer miliario.—*Cdo. Ms. Val. 4.*

se sacrificios, expiaciones, conjuraciones, purificaciones, á fin de sustraer á las criaturas de la accion malhechora del príncipe de las tinieblas. La Iglesia católica heredera de la verdad, no podia dejar perecer este dogma tanto más importante de conservar cuanto que es una de las bases del orden providencial. Cada año Roma manifiesta su fe en este punto bendiciendo solemnemente los animales. El día de San Antonio es el elegido para cumplir este deber, sin duda porque el patriarca del desierto supo triunfar con brillo del inmundo enemigo que trata de manchar, corrompiéndolas, todas las obras de Dios. Como quiera que sea, mientras la multitud se trasladaba parte al Esquilino en donde se hacia la bendicion, parte á las iglesias de San Antonio del Monte, de Santa María de los Milagros, de San Juan de los Florentinos y de los religiosos de la Columnata de San Pedro, para invocar el poderoso Taumaturgo, nosotros volvimos á tomar el camino de la Vía Latina.

Una milla más allá del cementerio de San Epimaco se encuentra la Catacumba de los Santos Simplicio y Serviliano. Forma cuerpo con la precedente y pasa por la más antigua de aquella region; su origen se remonta al reinado de Trajano. Citemos algunas de sus glorias. La conversion de Santa Flavia Domitila habia hecho gran ruido en Roma y en la corte imperial. Se buscaron los motivos que habian llevado á la jóven princesa á sacrificar su rango, sus esperanzas y su vida por abrazar una religion proscrita.

Entre los que se entregaron á este estudio y que habian oido con sus oídos las palabras de la jóven mártir, y que habian visto con sus ojos sus obras milagrosas, se cita á los Santos Simplicio y Serviliano. Convertidos á la fe negaron en adelante á los dioses del imperio el culto que tenían

costumbre de rendirles. Arrestados por este hecho por orden de Aniano, prefecto de la ciudad, nada pudo quebrantar su resolucion y les cortaron la cabeza. Los cristianos recogieron sus cuerpos y los depositaron en un jardin que les pertenecia, situado á dos millas de las murallas en la Vía Latina. Los santos mártires llegaron á ser allí como dos fuentes de las cuales salió durante muchos siglos una virtud poderosa para la curacion del alma y del cuerpo. 1

¿Es necesario contar entre los gloriosos habitantes de la misma Catacumba á los Santos Cuarte y Quinte, cuyos cuerpos han sido trasladados á Cápua? ¿ó bien su sepultura forma un cementerio separado, aunque inmediato al primero? En esta cuestion secundaria los arqueólogos romanos no están de acuerdo. 2 Como quiera que sea, el lugar preciso en que fueron inhumados se llamaba *Ad Centum arulas*, cerca de los cien Pabellones ó de las Cien Cámaras.

A juicio de los sabios, las Cien Cámaras eran un gran edificio dividido en numerosas piezas que servian ó de establecimiento de baños ó de lugar de reunion para los miembros de algun tribunal de los Cien. 3 No quedan de esto más que ruinas esparcidas, confundidas con la tierra vegetal y ocultas por viñas. El descubrimiento de esta Catacumba se debe al prelado Guizzandi, uno de los primeros guardianes de la Roma subterránea. La

1 Quorum corpora christiani posuerunt in predio eorum Vía Latina, milliario secundo, in quo loco exuberat virtus martyrii eorum usque in praesentem diem.—“Los cristianos pusieron sus cuerpos en el predio de ellos, en la Vía Latina, en el miliario segundo, en cuyo lugar habia resplandecido la virtud de su martirio, hasta el presente dia.”—Ado, *in Martyr.*, dia 20 de Abril; *Martyr. Rom.*, 20 de Mayo.

2 Boldetti, lib. II, cap. XVIII; Bósio, lib. IV, cap. IV.

3 Boldetti, lib. II, c. XVIII.

basílica de los santos mártires, restaurada por el Papa Adrian I, no existe ya. Nos fué, pues, imposible continuar allí nuestro estudio de las pinturas primitivas. Lo seguimos, sin embargo, con ayuda de otros monumentos, bajo el punto de vista cronológico en donde lo habíamos dejado ayer.

Uno de los asuntos que se reproducen á menudo en las Catacumbas es el sacrificio de Abraham. La piedad de la Iglesia naciente lo quería así por dos razones. Desde luego Isaac inocente y no obstante esto, inmolado por su padre, de quien era querido como único, pintaba con tanta energía como verdad al cristiano de las Catacumbas. Isaac, de la ley nueva, tiernamente amado de Dios, y no obstante, entregado por sus órdenes á la espada y á la hoguera. ¡Qué lección de inefable ternura, de resignación, de confianza, de generosa sumisión, no inspiraría á los neófitos la vida de aquella escena patriarcal, figura anticipada de su estado presente! En seguida era necesario para conservar su valor entre tantas pruebas, ofrecerles muy frecuentemente el ejemplo del Dios príncipe consolador y sostén de los mártires; pero las circunstancias no permitían representarlo en la cruz.

Aquí se presenta la explicación de un punto muy interesante en la historia de la arqueología primitiva. Hemos visto ya que la cruz no se encuentra nunca ó casi nunca ni en los sepulcros, ni en las inscripciones, ni en ningunos monumentos de la más alta antigüedad. Hablo de la cruz ordinaria y no de la cruz de San Andrés. Con mayor razón nunca se encuentra el crucifijo. ¿Por qué faltan estos signos venerables?

Sabemos por el mismo San Pablo que la cruz era un escándalo para los Judíos y una locura para los Gentiles. Pintarla ó esculpirla en las cryptas de las Catacumbas en donde se reunían con los neófitos

los catecúmenos, y aun paganos y Judíos deseosos de conocer la religión, hubiera sido una falta de prudencia. La vista de este signo hubiera escandalizado á los Judíos, hubiera excitado la burla y el desprecio de los Gentiles, hubiera desconcertado los espíritus todavía imbuidos en preocupaciones y hubiera producido en aquellas almas novicias el efecto de un alimento demasiado nutritivo en un estómago débil ó enfermo. Así, por debilidad de ellos, no se representaba ni el crucifijo ni aun la cruz en su austera desnudez. 1 Además, lo hemos dicho ya, aquellos signos eran necesarios al corazón y al espíritu de los cristianos. Para conciliar todas las dificultades, guardábanse de pintar ó de esculpir el crucifijo, y se disfrazaba la cruz y el misterio que ella recuerda cubriendo ambas cosas con figuras y emblemas.

Así, entre los antiguos la cruz afectaba cuatro formas diferentes, ó más bien había cuatro géneros de cruces: la cruz sencilla, *crux simplex*, que consistía en un simple poste en el cual se fijaba á los malhechores por medio de clavos ó con cuerdas; la cruz compuesta, *crux composita*, que se dividía en tres especies: la primera era la cruz llamada *crux decussa*, que consistía en dos trozos de madera unidos por la mitad, formando la X de los Griegos ó la X de los Latinos; nosotros la llamamos cruz de San Andrés en memoria del apóstol que fué fijado en ella; la segunda, llamada *crux commissa*, tenía la forma de la T mayúscula de los Griegos ó la T de los Latinos; la tercera, llamada *crux immissa*, dejaba pasar el tronco encima de los cruceros; esta es nuestra cruz común. † 2

En estas dos últimas formas no se en-

1 Bosio, *Roma subt.*, lib. V, c. X; Tertull. *contr. Judaeos*, c. X; y *adv. Marcion.*, lib. III, c. XVIII.

2 Véase á Gretzer, *De Cruce*, lib. I, c. I; Lipsius, *De Cruce*, lib. I, c. VI, VII, VIII, IX; Sandini, *Hist. fam. sacr.*, p. 236.

contra la cruz en las pinturas de la más remota antigüedad, sin duda porque era difícil ocultarla. Otra cosa sucede con la cruz de San Andrés. Un emblema ingenioso la ocultaba fácilmente á los ojos inexpertos y la hacía pasar simplemente por la inicial del nombre adorable de Nuestro Señor. En efecto, en los monumentos primitivos nada es tan frecuente como el monograma del Cristo, que tenía la doble ventaja de dar, sin descubrir, el nombre de la gran Víctima y de representar, sin ofuscar, el instrumento de su suplicio. Más tarde, cuando se representó la cruz en las pinturas cristianas, se tuvo cuidado de cubrirla de perlas y de rodearla de rosas. Esta es la cruz aperlada, *crux gemmata*, tan común en los monumentos del cuarto siglo, "y esto, dice el sabio Bottari, porque el horror que inspiraba este madero, en otro tiempo infame é ignominioso, subsistía todavía en parte en el alma de los convertidos." 1

En cuanto á los crucifijos, las razones dadas más arriba hacen comprender que era preciso abstenerse absolutamente de exponerlo á las miradas de las asambleas primitivas, compuestas algunas veces de catecúmenos, de Judíos y de paganos, y siempre neófitos. Así, saber si existe alguno anterior á Constantino es una cuestión muy controvertida entre los arqueólogos. Los príncipes de la ciencia no creen difícil sostener la negativa. 2

Los sentimientos de amor, de fe, de resignación, de esperanza, inspirados por el sacrificio de Abraham, los primeros cristianos los tomaban con no ménos abundan-

1 Sandini, *Hist. fam. sacr.*, p. 175.

2 "... E questo perché non peranco era dissipato dallamente degli uomini, quantunque convertiti alla fede, l'orrore che avevano a quel legno già infame e ignominioso. — "... Y esto porque no se había disipado enteramente en los que se convertían á la fe, el horror que tenían á aquel madero, ya infame é ignominioso." — *Sculture e Pitture sacre*, t. III, p. 173.

cia en la historia de José. Este cuarto cuadro de la gran galería subterránea desarrollaba los precedentes y no podía convenir mejor á la situación de los fieles perseguidos. De allí viene que se le encuentre frecuentemente en las Catacumbas. José, figura del Salvador en sus pruebas y en su gloria, lo es también en su resurrección. La traslación solemne de sus huesos á la Tierra Prometida, cerca de los patriarcas, representa muy bien la vuelta del hombre á su patria, entre los bienaventurados, en el día de la resurrección general, para que los cristianos no hayan reproducido este dogma inspirador de sus virtudes, sostén de su valor y fuente de todos sus consuelos. Se le encuentra, en efecto, en una bella pintura de una crypta de las Catacumbas de San Calixto, publicada por Aringhi. 1 Los Padres de la Iglesia con su elocuencia ordinaria daban á los fieles la explicación de la tierna epopéya del hijo de Jacob en la cual tenían cuidado de mostrar al divino Redentor y á la Iglesia su esposa, á los cristianos y á sus hijos. 2

Después del sitio de Tiro, Alejandro se dirigió á Jerusalem decidido á castigar á los Judíos por su adhesión á Darío; pues el gran sacerdote le mostró la historia de sus conquistas escrita largo tiempo antes en las profecías de Daniel. A esta lectura el vencedor sale como de un profundo sueño; se engrandece á sus propios ojos; la cólera hace lugar á la admiración y los Judíos se convierten para él en objeto de un interés que no se desmintió nunca. Tales debían de ser, si no me engaño, los sentimientos de los primeros cristianos cuando se les enseñaba la historia de su vocación, de sus pruebas, de sus victorias, tra-

1 Lib. III, c. XXII, p. 311.

2 Tertull. *lib. contr. Judaeos*; Origen., *Homil. I, in Exod*; S. Aug., lib. XII, *contr. Faust.* etc.

zada á grandes rasgos, en la historia del antiguo pueblo de Dios.

¡Cómo debían engrandecerse sus ideas! ¡con qué facilidad debían palpar las relaciones tan íntimas y tan completas de su existencia y de la existencia del pueblo de quien eran sucesores! Para ellos la religión era un libro de partida doble, cuya publicación comenzaba en el origen del mundo; de un lado la figura, del otro la realidad. Así como el pintor que dibuja un retrato tiene sin cesar fijas sus miradas sobre el modelo, así el Dios de la eternidad, durante los cuatro mil años que había tardado en escribir este libro magnífico, había tenido la vista constantemente fija en la realidad de las figuras que salían de su pincel; y el cristiano se decía con trasporte: Esta realidad es la Iglesia; soy yo.

El tipo más completo del divino Legislador, Moisés, debía sobre todo arrancarle este grito de amor y de admiración. Así, el artista de las Catacumbas multiplica con una complacencia marcada el quinto cuadro de la gran galería. Pero hay cuatro circunstancias de la vida de Moisés que se encuentran más frecuentemente; el viaje á la montaña de Horeb para hablar con Dios, la recepción de las tablas de la ley, el milagro del agua brotando de la roca, y en fin, el maná cayendo del cielo. Estos grandes acontecimientos, más que los otros, eran ricos en instrucciones y propios para la situación de los neófitos.

En una pintura y en un bajo relieve de las Catacumbas de San Calixto, publicadas por Bósio y por Bottari, se ve al legislador hebreo apoyando un pié en una piedra y quitándose su calzado.

La mano misteriosa sale de la nube y anuncia la órden y la presencia de Dios, y se cree oír esta palabra: "Quitaos vuestro calzado, la tierra que pisáis es una tie-

rra santa." ¿Era difícil á la vista de aquel cuadro hacer comprender al neófito que la santidad era para él la primera condición de su iniciación en los misterios de la fe? 1

Un *monumentum arcuatum* del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro, representa á Moisés recibiendo la ley. El legislador está en pié, con un brazo levantado hácia una nube de donde sale la mano divina, que tiene el Código inspirado; pintando á Moisés en esta actitud se quería enseñar que Dios era el autor del Antiguo y del Nuevo Testamento; que la Iglesia era una, como la religión, y que los novadores, bastante atrevidos para sostener lo contrario, eran heréticos. 2

Dos compartimientos de la misma bóveda nos dan á conocer la actitud de los primeros cristianos en la oración. En memoria de Nuestro Señor en la Cruz, oraban con los brazos extendidos. No creían poder ser más agradables á Dios, sino presentándose ante él como la gran Víctima del Calvario, venerable costumbre observada todavía en nuestros días en todos los puntos del globo por el sacerdote en el altar. ¿Era acaso porque los paganos tenían conocimiento instintivo de la manera con que se presentaría un día la divina Hostia, por lo que tomaban ellos la misma actitud cuando se dirigían á los dioses en sus urgentes peligros? 3

Como quiera que sea, en la pintura de que se trata, se ve á un cristiano orando

1 S. Greg. Naz., "Orat. II, in Pascha;" S. Aug., Serm. XLII, de Sanctis.

2 VETUS TESTAMENTUM Deus condidit. — "Dios hizo el Antiguo Testamento." — S. Aug., "contr. duas Epist. Pelag.," lib. III, n. 10; Bottari, t. II, p. 175.

3 Et pandere palmas. Ante Deum delubra. "Y agitaban palmas ante los templos de Dios." LUCRET., lib. V, v. 1199.

Ipsa gubernator tollens ad sidera palmas. "El mismo gobernador levantaba las palmas al cielo."

OVID. "Trist." lib. I, v. 10.

con los brazos extendidos. Está en pié, con el cuerpo cubierto con un manto que oculta la túnica, cuyas mangas están provistas en la extremidad de un adorno de púrpura. En un compartimiento inferior hay dos cristianas en oración; tienen la misma actitud, y sus vestidos anuncian una gran modestia. Allí se encuentran en práctica los consejos de los Apóstoles y las reglas disciplinares de los Padres de la Iglesia. 1 Sus velos están levantados y sus rostros descubiertos, lo que anuncia á las vírgenes cristianas. En efecto, era costumbre que las vírgenes cubiertas con un velo en público, se descubriesen para orar en las asambleas de los fieles. Se las distinguía por esto de las viudas y de las personas casadas 2 que, llevando velos en la Iglesia, iban en el público con el rostro descubierto.

Digamos de paso, para gloria del cristianismo, que el número de las esposas del Salvador fué bien pronto tan grande en medio de un mundo en que el emperador Augusto había tenido trabajos para encontrar seis Vestales, que los autores paganos lo deploran altamente. 3 Se ve,

1 Nam verus ornatus maxime christianorum et christianarum non tantum nullus facus mendax, verum ne auri quidem vestisque pompa, sed mores boni sunt. — "Pues el verdadero adorno de los cristianos y de las cristianas no fué ningún afeite fingido, ni tampoco la pompa del oro y de los vestidos, sino tenían las costumbres del bien." — S. Aug., Epist. 247.

2 Por la exigencia de que las vírgenes estuviesen en todas partes con velos, demuestra Tertuliano la costumbre de que hablamos: "Certe in Ecclesia virginitatem suam abscondant, quam extra ecclesiam celant. Timeant extraneos, he vereantur et fratres: aut constanter andeant et in vicis virgines videri, sicut audent in ecclesiis." — "Oculten ciertamente en la Iglesia la virginidad que cuidan fuera de ella. Teman á los extraños y respeten á sus hermanos; ó atrevanse constantemente las vírgenes á ser vistas en las aldeas, como se atreven á estar en las iglesias." — "De vetand. Virgin.," c. XIII.

3 Et licet quocumque oculos flexeris feminas ad fatin multas spectare cerratas, quibus si nup-

pues, que en sus sofismas contra el celibato, los filósofos modernos están lejos de tener el mérito de la invención. Esta era la costumbre general que en alguna circunstancia derogaba el luto. Así en la Catacumba de Santa Priscila se encuentra en el arco de una crypta á una mujer en oración con los brazos extendidos y cubierta con sus cabellos.

Volviendo á la costumbre primitiva de orar con los brazos en cruz, añadiré que los protestantes hacen mal en decir que es inútil, puesto que Dios no mira sino el corazón y la intención; que es supersticiosa, puesto que es una invención de la Iglesia romana. Las pinturas de las Catacumbas son testigos irrecusables de la antigüedad de esta costumbre, que se remonta evidentemente á la época en que, según los protestantes, la Iglesia estaba pura de toda innovación y de toda infidelidad. Ellos no pueden, pues, sin contradecirse á sí mismos, tratarla de superstición. ¿Están mejor fundados para decir que es inútil? Los Padres de la Iglesia á quienes profesa gran veneración les dice desde hace quince siglos, que nada es inútil tratándose de lo que excita en el corazón sentimientos más vivos de humildad, de confianza y de compunción. Ahora bien, tal es el rito venerable de que se trata. 1

sissent, per aetatem ter jam nixus poterat suppetere liberorum. — "Y adonde quiera que se dirige la vista, se ven al punto muchas mujeres que, si se casaran, siendo ya de treinta años, podrían tener hijos." — "Amm. Marcell.," lib. XIV, c. VI; Bottari, t. II, p. 65, 174.

1 El pasaje de San Agustín es demasiado hermoso para dejarlo sin citar: "Nam et orates de membris sui corporis faciunt quod supplicatibus congruit cum genua figunt, cum extendunt manus, vel etiam prosternuntur solo, et si qui aliud visibilibus faciunt. Quamvis eorum invisibilis voluntas et cordis intentio Deo nota sit nec ille indigeat his indicibus ut humanus ei pandatur animus, sed hinc magis se ipsum excitat homo ad orandum gemendumque humiliter atque ferventius. Et nescio quomodo, quum hi motus corporis fieri nisi motu anime praecedent-